

La palabra rabia

Pedro Montealegre Latorre

I

La rajadura

*Ay! ¿Tú o yo? ¡He aquí dos dioses!
Lejos de mí, lejos de mí la afirmación de dos
Ah, jamás mi no-ser es para Ti un ser
Y mi todo es en todo ambiguo al doble rostro
¿Dónde, entonces, está Tu ser ahí donde yo miro?
Pues ya mi ser está allá o él no tiene “donde”
¿Y dónde está Tu rostro que yo busco con la mirada?
¿En la visión del corazón? ¿En la visión del ojo?
Entre Tú y yo, un yo está de más
¡Que la separación cese y que el Tú avasalle al yo!*

Poema Místico Sufí

Es la hora. Es la hora. Tracemos el lienzo: dibujemos en marea
 –¡tinta sobre el rostro! –imposible –de la marea. Vivir del espectro
 –ser allí los oscuros –O todos claros: en la boca de lobo
 de la luz. Todos: mal alucinógenos: sello de querubes –lámelo, Lucy
 in the Sky with Diamond. Cocaína de los espejos. Químico angélico
 capaz de hacer –en el paladar de Dios, nuboso, núbil– imágenes: niños,
 corros de luciérnagas, padres en corros, proletarios gritando: Risa, Revolución.
 Niños y golondrinas: ¡Que van ardiendo! –¡Arde, horno –de Bergen Belsen!
 –molestar con entropía: esta charla de pederasta: escúdame, charla:
asesinado dragón. *Resucitado* perro ¡Qué dientes más lindos! ¿No ves la gloria?,
 ¿se reconoce en los dientes? Al revés, tú mismo, ¿ves los dientes?
 ¿Y qué gloria es ésta? Raspa, tú, con tu cucharita de plata,
 el marfil ácido de la pared. Dímelo, tú, ¿qué pastilla te comes?
 Un destello de láser: Ah, muero bailando: por un dólar fosforescente,
 su forma de neón –padre, devórale el fémur a tu hijo; mira la grieta:
 es el hambre, el desierto: arrójate a ella. Niño negro arrojado:
 no es fondo el final, apenas caer: su sola existencia ha desnudado la plata
 –la forma de la usura cada resto de plástico ¿Cada yo lo es?
 ¿Lo es cada tú? Chico dominado ¡Crece! ¡Crece!

*

Hay uno muerto en la guerra –su herida escribe: Quitar las Dunas
 –hay uno al fondo de una adormidera roja. Se llama ciudad –su teta destila
 una leche de humo, espesa de uñas –continuo rasguñar
 –la córnea falsa –del poema: si uno muere de hambre ¡Ah, la palabra!
 ¡Esa es la palabra! –no logra caber en su propia miseria –un poema es hambre,
 la letra es consecuencia de la inanición. Yo estoy aquí –¿es pan otro aquí?– .
 Tómate, tú, esta taza de Té. Tómate tú esta taza fe. Tómate tú esta taza de sed.
 Verás negaciones, el futuro de tu hijo. Una riada de hijos
 –asesinados– ante El Libro: la fugacidad de su forma, esa inutilidad.
 El diente de una bruja afila un hacha fabricada recién. Por ejemplo, un obrero
 reproduce una tuerca –la tuerca reproduce lo que sufre él. Tú, reproducete,
 flor amarilla ¿Cómo te llamas? Me llamo flor amarilla. Los mendigos probaron
 un puñado de larvas –momentos antes los han comido a ellos.
 Deletreé lento: i-de-o-lo-gí-a. Una chica negra, deletreada en la ventana,
 atrapó una mariposa –su nocturnidad en un hilo. Hola, mariposa:
 yo me llamo Niña. Me llamo muchachita de vestido azul.
 Hola, nena: tus ojos almendrados: pelo muy fino, hilos de aceite.
 Si hago así con mi dedo, hago el signo –la hoz: si hago así,
 otro signo –el martillo: yo me meo de risa: la sombra chinesca
 de mis manos imitan ¿qué bicho? el colibrí. Un bicho cantárida.
 Un bicho libélula.

*

Estoy loco. Yo no soy una niña: soy tú: le pregunto al verano ¿bajas de la sien?:
 sangra un hombre y ¡No! No es: i-de-o-lo-gí-a. Lo dijo mi abuelo
 ¿es fondo la idea? Es lienzo –lo profundo no se traza con nada.
 Te hará arder en deseos de huir. Leer es huir: yo leo a Marx
 e incide el verano: Marx es un ángel: cabe, tú mismo,
 en la materialidad de tu letra –Yo soy anarquista –Yo vengo de París
 –Marx envió un telegrama a Hegel: amigo mío, yo me comí, llorando,
 la cal blanca, la pared: una píldora en medio del anapesto imposible:

es la ciudad en marcha: vi la rosa de la Cábala –se extendía en mi habitación.
Yo me llamo lengua de madre –eso dijo la lengua y la niña soñaba.
Proletario es mi padre –yo te digo: no sabe escribir. Yo me llamo Pedro.
Yo me llamo tú, dijo el adolescente –la sierpe silbaba al borde del precipicio
¿le robaban el prepucio a un niño Pedro, una lengua de tierra,
las costas de África, el rocío de los diamantes en el bolsillo del diablo?

*

Yo te daré esta miel y este mal: ponte ahora a crujiir; te daré este panal
de abejas asesinas; ponte ahora a cremar y a crujiir; mete tus labios
en la ranura aquélla y di: rajar. Di: despertar
en otro meridiano –en la aridez de tu cama. Verás un hombre
–troca en falo a otro–, una mujer rota, su pie en la espuma:
sus manos son copas. Su materialidad es copa. Dice palabras
¿qué nombre tienen? En su útero hay niñas –un cisne de celofán,
un cisne de papel de caramelo rojo – cada 28 días
cambia el sitio a las urbes. Y tú, allí, con tu máquina de afeitar,
tu áloe, tu radio irradiando la mesa ¿se trata de la rabia?
No se llaman muertos –no hay alguna manera. Los ricos son lo otro
–di: nos termina concerniendo de un modo, asfixiándonos con esdrújulas
llenas de metal– esas sílabas con que se hace una imagen
–ceros y unos– fonemas de fuel –arrojada a la playa–
morfemas de gases invernadero sobre el invernadero
–ínfimo– de un ojo. Es un ojo y no se llama ballena;
la pupila es Jonás: grita desde adentro: ¡déjame ir! ¡Déjame ir!
dijo la muchacha a la otra que la miraba, oh, espejo del gimnasio.
Es tu currículum: 12 millones 883 mil 827: ¿cómo te llaman,
que vengo de París? Dime tu apodo al final del trazado.
Me llaman hora. Me llaman niña y Marx sueña conmigo.

El sol es zapato, la luz la patada –postal o postigo ¿del sol?: la calle
 te duele a ti: lo mismo al revés. Salir de ella. Salir. Ser ella. Dejar de ser hombre
 sólo porque existe –el filo– el ver: filo de padre. Filia de él. Cronos húmedo
 ante la presencia, el Hijo. Ausencia. Hijo. Dedo de Dios contra el dedo de Adán:
 no el uno ni el otro –un niño tocando su dibujo en el vaho– transgredir es eso.

La vista, la maleza: danzar con expósitos. Precisamente danza. Bailar. Violar
 un poema, partirlo ¿con tap? ¿con pólvora? Allí, la ciudad: repertorio. Transgrede
 su lupanar. Lupa. Amar ¿qué? Por eso, vívete –lenguaje– muérete, de hambre, rey
 de cara o poliedro. Poemas de hambre. Si comes, recuerda: el alma es hambre

de niños: y tú ¿entenderás el qué? Huesa: estructura: le llamo Mentir.

Buenos días, Mentir ¿haz visto mi cobaya? Soy yo, soy yo: la estructura de una
 imagen –el mal: acaricia con pluma el esfínter, el Verbo. El goce, la burla,
 está en seducir: pervertida seda: realidad: zurcir: rosa de goma. Sacerdote allí,
 su espina allí, gramática de Casia: cosmos sangrando ¿su frente allí? Pétalo. Página
 de marinos –leyendo el viento con pífanos, coral con ahogados: coman bromuro:
 ¿habrán erecciones? Muchachos que esparcen jabón a sus dreadlocks.

Casa okupada, mitad del esternón: el corazón grafitica: el rojo, una aeronave
 similar a un falo. Ciruelas rojas y negras. Grafía de poemas sobre alas, ortigas

–sabor delicioso. Mujeres cortándose las uñas en la ventana –el arco de la ceja–
 hundirán su palillo: el arrebol ¿Cómo sangra? Reirán ¿se escombra? Ver factorías:
 obreros celestes elevan el puño, girasoles frescos alzados al aire. Muérete tú,
 el dedo primero. La boca última se queda en pie. Desde el sol, su figura
 en nosotros: penal. De pena. Lagrimal. Te llamas Respuesta, pedazo de sal

¿Qué sabes de playas? Tentar el transcurso, una roca hacia aquí. Esto es colisión.

Una roca no es: un niño llorando, su dedo en el vidrio. No un niño: el dedo
 de Dios penetrando, una avispa el dedo estirado de Adán: esa flor de carne,
 ¿hoy día es de hierro? Memoria. Mnemósine. Fui pisoteado. Fui conducido

a besar el zapato. Calzaban narcisos. Paso en la definición de otro ¿Narciso?

Zapato de yema. Zapato de hielo sobre el lenguaje. Mívalo. Súvalo. Nos
 define la resta. La esdrújula hostil, una uña encarnada. Desde el sol, su tilde
 no será su poder: ¿le dices así? Distingo su acento: habitar arriba. Delante. Detrás
 representamos lo mustio. Presencia moral ese ojo falso. Qué bien, qué bien:
 puedes ser la madre, bordar lenguas de cal. Hija, produce filigranas con leche:
 yo ya quiero beber. Una taza de leche cortada, la historia. Un zapato es de leche.

Esta voz se diluye. Sólo queda el blanco. No hay mancha. Trasgresión.

Yo consumo. Yo muero. Yo cedo y ¿A qué? Rotar y rotar. Una danza no es tinta.

Una danza de pólvora, la chispita del doler. Mejor tentar la danza.

Qué es la rajadura, el tajo abierto de la palabra –o un hoyo en la calle– incluso una herida en el fémur de la ciudad, de un hombre que es ciudad, roturas como género partido por una uña –letal, carnicera– por un colmillo dolor y llamado decir y mirar y dolor de ojo dividido con cuchilla de afeitar, dolor de quien escupe la vereda y produce un alacrán amarillo. Este poema es veneno: un ángel preso en el barrote, el esternón, un escarabajo –míralo: hay gemas y oro en el cobalto de sus élitros. Es un adolescente escribiendo con saliva: nos comemos el dolor ¿qué latido nos come? Estaré ahí –por ti– con mi córnea. Ahí reproduciendo en la caverna una escisión, una pupila como ésta –de gato– uñas –finas– de gato, bigotes de gato, maullido de gato: metamorfosis, el desespero de lo partido por lo nombrado: una raya en el pelo es, un reticulado muy fino por el lápiz de tinta del principal alarife. Un día apareciste completamente trazado: hormigas de sangre ordenadas en tus comisuras: nada cuentan tus vértices. Dijiste: soy canon: dijiste: en la ciudad un chico se rió como si ello no importara. Cada ebrio es un indicio de cólera cuando dices soy canon, y yo enciendo un neón, una amapola seca. Yo comienzo a romper una placenta de madre. Qué es la rajadura sino un parto. Yo te digo: vengo –todo tú coordinadas, todo referencias– cada muerto te dice: cada tajo te ama.

Arder. Arder. Sabor del salitre que abandona el cuerpo. Hedor. Piel quemada en medio. Y el beso. Fugar. Fagocito. Fuego. Fatiga. Y la Sal. El recuerdo contamina. El recuerdo. Égloga del solo que lee las llamas. Yo llamo, él siente el abrazo del poema. La inanición del poema, similar a él mismo. Sobrevivete, oye el crujir de maderas, el crujir del hueso cuando se encuentra con hueso.

Todo arde con el incendio. El agua es incendio. Lo indecente reclama su lugar en el incendio. Lo puro y lo sacro. Arder. Arder. Diga ¿qué sube en el termómetro del ojo? Una araña de vapor. Una araña de flúor, de fósforo, dos átomos de oxígeno y uno de carbono –así se crea un fantasma. Se trata de tierra.

Países como hornos, fraguas de pan, dientes de lava –dulces– miel, delito, dácilo de quien estira los labios y quema el placer. Pero hay engaño. Hay doler en la gramática de quien come. Y otro no. Y otro huele. Perros podridos, dentadura de perros como flores siniestras, gusanos bellísimos parecidos a hielo formando estalactitas. La oquedad. La memoria. Arder. Arder. Sudar la hiel.

Pedazo de vidrio llamado ciudad. Tu fuego y tu fuga. Fagocito. Fatiga. Fe, y más que fe: falacia. Todo arde con el incendio –de sílabas, hombres. Y tú, allí, revoluciona el repertorio ¿es de hierro? ¿es ladrillo? Construcción, no me sirves para poder vivir. Yo quiero ser todos, llamarada sin causa, más que arder en direcciones del hábito. No habito. Ser. Manga de polillas contra el lucero. Ser de polillas destrozadas por la palabra electricidad. Pero hay engaño. Ah, tierra: con mujeres, hombres, todos aplastados por la bota: Ver: hombres, mujeres.

Muéranse de hambre, la pólvora cante con verdadero esternón. Esternón de ti golpeando el gong del contra maestre. Yo caigo. Yo caigo. Y tú ¿qué haces aquí, si no hay más que arder? Arder. Arder, así la marejada vista desde dentro.

Hambre de palabras, lenguaje cuya estructura es una brasa en llamas, fría, sal depositada en la lengua y, sin embargo, glaciado. Salitre que abandona.

Niñas entumecidas sin saber qué decir. Ciudad. Cíclope. Hombre. Desterrado.

Delito del poema que se cae de la boca, ya diente, saliva. Vergüenza del aire, presto a desaparecer. Lo puro y lo sacro. Arder. Arder. Llama el beso conservado en formalina. Pudrición necesaria. Olor chamuscado. Y fe. Y fin.

II

Orden de ciego

*...Tú que también te inclinas con dedos de compasión
para probar el polvo
no se añadirá nada a tu generosidad
cuya belleza será una lámina ante mí
un informe de sí misma sacado a través de la tempestad de emblemas*

Samuel Beckett

Ahora vas a hablar. Ahora encenderás las luces de la casa.
Conminarás la luz con vuelo de polilla, y dirás háblame. Yo hablaré. Yo.
Polilla. Yo. Duración del vuelo, olor delicioso de un ala quemada.
Se llama ciudad. Yo me llamo ala. Te llamas ciudad. De limo. De líquido
similar a la lágrima. Sí. Yo. Hablaré con el agua que ojos depositan.
Hablaré con sangre de menstruación, de costra. Sí. Tú. Hablarás. No.
Yo no hablaré. Negaré lo que has dicho. Ala. Lágrima. Noche. Casa
–de muchacho– tú, casa de puta crucificada a la nieve, puto dormido
en la abscisa de la balanza: un fiel (dinero), fiel –es– (poder), un fiel
(yo tengo) ¿Ves? La ternura es tener. Yo me llamo Tengo.
Tú te llamas Hambre. Tengo. Hambre. Una sed es lucha
y un poema es beber. Muchachito dominado por la masa y la duda.
Estos muchachitos son todos mi casa. Soy con ellos Beber
Pongo fin a la luz ¿Es la sombra ceguera? Lucha, revolución,
proletarios de la belleza y las fábricas de muerte. Fábrica. Muerte
Sanar es ceguera. Ahora vas a hablar. Pronunciarás Pedro
por no decir fábrica. Nombre de quién, las luces, las luces.
Horror. Electricidad. La ternura es lo ígneo comiéndose una casa.
Qué país no es casa. Vuelo de polilla dispuesta a estrellarse
contra la ampollita caliente. Vuelo. Huir. Casa. Caliente.
Negaré lo que has dicho. Hablar. Ceguera. Tú te llamas Hablar.

Toda esta rabia. Padre de rabia destrozándose en ella. Trozada, tu cara:
yerto, bellissimo, animal de labios, flor carnívora, ovario abisal que nos dice: nombra.
Estallido de ciudad al momento prístino: Do-mi-na-ción. *Di-vi-na-ción*. Tengo mi pie
en la costa del norte. Tengo mi patria en la costa del Sur.
Es coordenada este ibis de mi oreja. Un piercing de radiación partiendo mi ombligo.
Yo. Yo. Ciudadano, Usted, es causa y azar. Juegos de dados, juegos de soldados. Mira, papá:
éste es mi volantín. Se llama Jesús. Mira: en su papel muy fino está el manto
de la virgen María –la falsa seda de una machi– su canto. Mira, mamá:
éste es mi volantín. Se llama Rommy. Se llama Anllelo: enseña su ostra

en el escenario de perlas. Tengo una pulla: es el fondo del alma.
La redención es glaucoma en la punta de ver. Soy buda. Aburra, señor, con su loto,
a cualquier otro imbécil. Tú mismo –en los devaneos del nombre. Perdona,
te he llamado Imbécil: yo me llamo Listo, yo tengo en mi dedo una gragea de sífilis
–cianuro en cápsula. Me llamo política: niño solo. Ética. El hambre alumbra.
Y si no, y si no ¿Qué será de ti? Dame una gota de la punta de tu seno.
Dame un préstamo de córneas, ladrón. Ya no vivo aquí. El holocausto es un chico:
masturba un fémur en las arenas del Éufrates. La guerra es un chico
–es Chile– sudando en la discoteca de la ciudad ¿y no se llama bondad?

La geografía de un estómago sacado de su centro: mire, al interior, Jonás reclama su parte
Yo soy mi estómago. Tu hambre es yo. Poner nombre al texto es llamar a un mal.
Yo lo aplasto a Usted. Le penetro la cara con una lima de uñas. Le meto en el culo
una violeta de Persia. Le meto en el alma un malabarista nipón.
Toda esta rabia es mi padre destrozado: palabra des-trozar: palabra des-hacer.
La negatividad de la rosa es llamarla cardo. La palabra construir trae la guerra de una hija
que se come un pájaro poco antes de que el pájaro se la coma a ella.
Lleno de uñas las páginas del libro. No te las comas, cielo mío, cielo mío:
el firmamento entero caerá en la retina. Allí un siervo hace feliz a su siervo:

limpieza del orificio por donde entra la luz. Jabón de la hora, jabón reductor
del símbolo a ser una herida muy neutra: pero hay muertos detrás.
Yo me llamo Muerto. Yo me llamo Pedro: en mi pluma de chico hay masacre diaria.
Mi lucha es el barro transformado en decir. Mi lucha es la niña: persigue a un coleóptero
proclamado lenguaje. Uñas de la hora rasguñando mi uña. La gotita de sangre
llamada País. Llegarás a las falanges. Hambre de oír que pierdes tu idioma.
Ya no digo *guata*, ni *guagua*, ni *güiña*. Digo *papallona*. *Vesprada*. *Bona nit*. *Per a ofrenar
noves glòries a Espanya*. Toda esta rabia es un hueso de pollo enterrado por un perro.
Yo llamé al perro –soy tú, soy tú– el lector sumiso que se come una hoja y luego se aja.

Tómale el pulso: el aire pega: Ta-tá, Ta-tá. Ritmo de qué,
–caliente, rojo, golondrino de axila, hedor de testículos, azufre, hollín,
mango de cacerola expuesto a la llama. En la fiesta: transe: ¿sí o no?
–sobre el miedo– transidos, transar la fuga: chico contra la azucena:
friega, friega. La muerte es así. Era guadaña. Refriégate contra ella.
Tú viste eso: yo vi una azucena totalmente afilada. Un ángel salió
del vapor bostezando: Ángel, gira; yo soy *condensar*: gotas en vidrio,
tapa de olla al retenernos en Qué: ah, el hambre –sola para la sal,
tonta para tentar. Comida. Comida –Apréstate, ahí: están los peces:
se disputan la mosca. Sobre el agua, desde de la orilla, me come el pez
–abre la jeta –lo negro es cosmos ¿lo adivinas tú? Allí, sobre el cielo,
desde el globo vacío, me zampo ¿Qué? Una célula es Qué –la calle es igual.
Si decimos roto, lo roto viene y dice ¿Qué? Y la Q abre una grieta
–y áspera. Del pliegue, un lisiado sale. Enseña: mira mi pata de madera.

Decimos madera: aludida viene y dice ¿Qué? Y en la Q hay *filiar*
–velo enredado, un cordero en la zarza, hijo de Abraham– di: ¿No se llama
madreselva, acaso, ese tejido antiguo? Se llama luz –partiendo la nube,
gran insectario– alfiler para un grillo. El cielo era negro. Y yo dije, tú,
color de asesinados –manual de anatomía: todo traslúcido– Desaparecer,
di Pedro apareciendo. Manuel preso en ojos: manos de tierra
para ser deshechas. Cuentas de vidrio los ojos de pez –tus ojos ¿Qué hunden?
–no, no: llanto ¡No! O reconocerlos lisiados: un niño, dime ¿Qué hace un niño
escondido en un muerto? Cuajo de plumas: era sarna lo que picó
la línea buena de tu mano; harina la protuberancia abierta de tu omóplato.
¿Nos confundimos con ángeles? No, moscas: larvas. Sanguijuelas.
Nos volvemos bichos. Y si miramos al pez desde afuera, en la orilla
–él salta, nos come. Se come. Se atraganta. Ja Ja: su espina. Ja Ja: su espina
era necesaria: o la inanición. Ja Ja ¿Nación? Perros de ciudad, hum: nutricios.

No, no. En el pueblo nunca se han visto perros. Un ladrillo de luz
te golpea el labio. Del Paf un grito escapa diciendo ¿Qué se rompió?
Esa Q controlada, que baile, que baile. Dime esa Q que engloba la fuga
del ruido Paf. Yo sueño –sano– y mendigo el pulso. Ta-tá, Ta-tá, palpita ésa,
la irresistible guadaña –hoy día, azucena ¿Dónde estás? ¿Qué hedor
te consume ahora? Si te hierve algo ¿Adónde irá el resoplido?
Una célula está. Un niño lisiado también está –un sonido inaudible
lo corta en sílabas. El corte –sabemos– se inclina a parir. Cortaron, Manuel.
Cortaron, Pedro. Y vino el corte y dijo ¿Quién me llamó? Unas membranas
haciéndose músculo, dijeron –músculo: a través de esa Q, yo nací sin días.
Tras el hambre, unos hombres se asomaron a la orilla. Boca de pez, boca de fe,
reflejo y reflujo. Lo decían ellos: yo sé lo que hubo. Países celestes,
decolorados con flama, dialéctica de llamar al hueso: digan, quién fue el nacido
que te sacó de cuajo ¿Hubo guadaña?. El cuajo, el crujido dicen yo y yo.

Se palpa ardiendo –ya viene, ya viene. Su libro de hielo es llama. Arde,
gritan los locos, unísono de aspirar, expirar. La paradoja. Sí. No. Es una boca
abierta en la S –digo de Sátira: y nos vamos por la comisura caligráfica de la herida.
Culebra. Lengua. Caracoleo en labios. Un ocho incompleto. Ese eres tú. Quejido y no
beber agua servida –cae agua y resulta de mirar el cielo. Caer y quejido. El hambre resulta
de la tierra seca –un hombre enseña la cicatriz, su mano. Seca. Seca. Eso que sube,
la voz, el vaho matutino, qué dirá, qué dirá, si nos tiran a la calle, abiertos. Descerrajado
el mecanismo, el esternón, el corazón como un pez –el rostro hundido
en el polígono de agua: hundirse y mirar otro ojo, lejos. Sí. Sí. Se palpa ardiendo
–ya viene, ya viene. Y se sabe despierta. Palpar su mordida. El ojo del higo
es mordida de hecho. Yo miro por mi herida, dice el chico –supura: ¿No era pura
su infección frente al espejo? Se repite el espejo pero el chico es la lengua
de la muerte –aquí está. Yo miro por mi herida, dice el hielo: en la tierra
su comisura palpita, boca en el impacto dispuesta a abrir. Del ruido nació
la posibilidad del nombre. Vidrio roto le llaman. Llámenle con el choque
del rostro contra el marco. Con escuchar el trueno. Libro y no. Pedro y no.

*

Un cascanueces podría hacerte llorar: el silencio falta, el aire. El dolor,
el as del dolor, esa fuente de luz maligna; linterna, fósforo, pez fluorescente,
requeridos de lupa, papel expuesto a lo que llamamos flama. Nombrar es flama.
Un carbón te crece justo adentro, aquí. Te llamas Aquí, interior del pecho.
Aquí sientes dolor. Aquí lo atrapas en su jaula de grillo. Se palpa caliente.
Uno toca un poquito y sale pus. Esa arena con que se fragua el vidrio;
esa movediza, traición de exploradores. Todo se hunde aquí. Yo te nombro
y me des-nombro aquí. Un escombros soy. Un escombros necesario
para alzar un dilema. Hola, Dilema; soy Pedro. Sí, con la P de Pozo
Patria. Y Perro. Hola, Perro; lo que palpas, caliente, me esfuerzo en parecer.
La noche es caliente, una frente de niño. La muerte se va. Y Aquí es muerte.
Noche de granizo, sin dientes nos quedamos. Hola, Diente; te quité primero,
y mordiste después. Cae granizo; y en pesadillas le llamamos
dentadura de leche. La escritura graniza. Al tacto, habla. Lo que arde es
esto y aquello. Y lo otro también. Quejido y no. Libro y no.

III

La palabra rabia

*Si fuera se halla el paraíso, aquí dentro
se encuentra el reino de los muertos
que van de un dolor a otro dolor
sin esperárselo.*

Pier Paolo Pasolini

Vas a desaparecer. Ahora descuelgas tu nombre de las carnicerías
porque vas a desaparecer. Yo quiero, como tú, ser chiquillo. Tú.
Hijo de moralidad similar a amapola. Ética del chico matado. Chico
de color de rouge, papel calco fabuloso llamado cielo. Chico. Cielo
dominado por la gramática del ahorcado, el emperador. Lengua. Beso
de tramoyas descubiertos desnudos frente al precipicio. Pero es falso. Falso
el papel maché. Rugido de hormigas hoy piden. Verdad. Rugido. Hormigas.
Placer colectivo. Usted no es. Tan digno bardo el que limpia botas.
Política propia de lápiz labial. Política propia de lápiz de carbón.
Política propia de lápiz de agua. Pestaña de azúcar encontrada en la acera

nada dice a alguno. Zapatito de cal debajo de la cama, boa de espuma
o palabra boa sin mudar de piel. Boa de miel, una lágrima de Marx
como golondrina alterada en su misma figura. Una lágrima de Marx
sobre una flor de fieltro. El plusvalor de un pétalo. Una boa mitológica
llamada deseo. Y el placer de ser uno. Y otro. Y uno. Otro modo de Mito
o también mitosis. Vas a desaparecer en la palabra desaparecer.
Mito falso o verdadero sobre un hombre colectivo. Va el hombre colectivo
cruzando la calle. Basura colectiva y su aire plural. Su libro colectivo
escrito por Uno. Tiene sueños, no Uno. Vas a desaparecer. Paz. Ceder.
Ahora descuelgas tu sexo de las pescaderías. La palabra desaparecer

en la palabra nacer. La palabra nacer en la palabra lengua. La palabra yo
en la palabra tú. Política propia del dígito nosotros. Chiquillo. Tú.
Placer colectivo de lápiz de carbón. Ahora te descuelgas de la refinería
y al más puro petróleo, cae un niño de sal. Un niño de liquen
sobre la cara de Marx. Una lágrima de Marx, Usted, como un falso
zapato de níquel. Zapato de obrero en la rosa cósmica. Usted no es
aquel hombre colectivo dominado por el colectivo. Hombre. Es.
El rugido colectivo de hormigas rojas y negras. Boa. Uroboro
secreto de la hora. Plumas del chico besando el pétalo. Mito del chico
dotado de alas, miel, alisios, huellas de gaviota. Vas a desaparecer.
Esto es. Esto fue. Moralidad de amapola. La palabra tú en la palabra no.

Necesitados poemas –delito también–, chicos en barro bracean espuma
de potros, befa, baba de niños, resaca de mar –llegó tarde pero llegó. Todo tragado.
Todo tragado. Extraviados boxeadores ¿dónde estás, laberinto? Cortes de diamante,
aristas, la Historia, geometría avanzada de quien ve el boxeador: aspira muy hondo
–su corazón allí es una bolsa que pega, pega y pega. Si me quito la bolsa
y la echo por la ventana, dime qué ves, ja - ja: qué no ves, ja - ja, qué quisiste
ver, muchachito, parido en Política; P de Patria; Pecado: porque tú
te estás muriendo. Y ¡Chas! Cercenado: allí nace la palabra, sale blandita.
Dios mismo se nombra en la palabra llanto –el boxeador imaginario
patina por el diamante –antes lo hacía sobre flores de algodón, espuma de cerveza
quitada de lado para ir rectos a la orina. Necesitados poemas, obreros deliciosos,
excusa perfecta para hablar de amor: ja - ja: lo sabes: se están muriendo,
leather de corsé, látigo y fist para apuntalar una rosa. No, no quiero
oír más de esto, dice la vecina. La vecina cuelga una sábana escrita
soy blanca con blanco: toda esa cocaína esparcida del ángel de nada sirvió,
tú que sacas morfina de los chicles de menta, los caramelos con palo,
verás tierra blanca sobre los ojos cayendo: no se trata de catalepsia.
De autopsia. De asepsia: con el control remoto te vuelves remoto, metas flores
al interior del esfínter, pistilos de hibiscos en el labio menor. Metas necesitados
de poemas, desposeídos, grafía cuneiforme, grafitos, lo denso de una flor gracias
a la aridez del espejo. El viento arde con su solo soplido: sudor y ser:
he ahí el dilema de quien ¡Chas! muere, ¡Chas! Escapa por el agujero del mago.
Nombras todo con doler: nombras todo con fist, ja - ja: pensaste
que me río, y no, yo no digo la J, ese asco de crujir, de ese hombre jamás.

La inexistencia del reo –¿qué es la realidad?– pálpito del rostro
multiplicado de un solo, una sola– por esta lluvia, azúcar, cerillas,
agujas de coser: en su único ojo enhebran el hilo de un caracol transparente.
Un argumento de hielo muy negro de lágrimas, rímel corrido
de señoras contra el vidrio ¿de la desaparición? –de ellas mismas o de quién–
otra pátina de edad sobre las piedras: silencio: alguien cruza los adoquines
hay más muerte que prisa. Alguien muere de hambre, un basural celeste

–una flor de metano adormece a los niños –canción de cuna: adorméceme.
Es melodía de pudridero. Es la guerra un vientre, una placenta llena
de perros rabiosos: con vapor de azufre el especialista lava –la voz, la várice –
las huellas del crimen. Es un desorden que nos toma los pies,
un trompo de madera girando sobre un centro, más cercano a la galaxia
revolución de hijos del martillo, el pedernal. Hay un obrero bello:
su hoz: su boca. Su overol es rojo. Sus manos, rojas. El ojo, rojo

y la pupila blanca. Hay un obrero llamado como tú, preciso como tú
en levantar su puño, y decir: no; no eran golondrinas las que vi sobre la farola;
se trataba de murciélagos comiéndose a los bichos. La Internacional es Épica,
un mecanismo de caja de música. Es un desorden, otra melodía,
el sonido del papel –envoltorio de golosina– es hoja seca
pisada por un eco. Niño, descríbeme sin pestañar la guerra.
La ciudad se raja: flor carnívora. Costra. Trotsky llora una lágrima de azufre:

por ella los carniceros se transforman en cartomantes. Trotsky tiene
una figura paternal: complejo de Electra: soñar con tu padre: ah, despertar
con las sábanas amarillas tras el asesinato del miedo. Alguien cruza
los adoquines. Silencio. Soy yo, te digo. Tú eres: soy yo. Y tú dices: no,
no eran golondrinas las que vi esa noche; eran murciélagos.
Una formación de muerte que desordena la mirada. El texto con que el chico
golpea a otro, la caza del murciélago. Una gota de rímel que corta la luz.

Los insectos palo que inspiran error. Cruz de palo. De piel.
Tu culpa es ésa, niño ya viejo: regrésate a tu ciudad,
a la flora de plástico, las vitrinas comerciales subiendo por tu sien,
el cascabel de la muerte: aquí estoy: aquí estoy: te comeré antes
de que me hagas poema. Ahí está el niño. Desciende por la herida:
Toc-Toc ¿Quién es? Yo soy un muerto y rasguño mi caja.
Yo soy un perdido y pronostico la lluvia. ¿se le cree a un niño,
girando en corro bajo las gotas negras? Es lágrima o no es.
Caballo, escúpeme: planta tu peso en el rostro de mi hijo.
Dime que sí. Dime: es verdad. No miente el poema.
Mundo ardido, tú, diferente: diferente al chirrido de saltamontes:

guitarra de sal: álzate, maleza, más alta que un hombre.
Piedras del Llanquihue, háganme recordar –insistentes en su redondez–
el peso, la sombra que deja un peso; la luz oscurecida:
una lagartija atravesada: balín del muchacho, heriste todo
lo que se podía tocar: tu corazón, como tu letra, piedra pómez ¿cómo,
cómo aún luchas, el balbuceo del mundo, el silabeo del mundo?
Trabalenguas de niño desdoblado de ti: su existencia reconoce
¿no es útil la belleza? Ahí está el niño, ahí su vitral. Puedes darte
con el esqueleto del caballo, la fuga deliciosa de tu propia razón.
Puedes darte aquí: dame en la boca con tu hueso más blanco.
¿Eso es justicia? Hombre crucificado al cemento, al semen,

una fórmula angélica –mal entendida– de bien. Es otro el gusano,
otra la sierpe que baja, escondida, por la herida. Dime:
¿no era escritura? La pertenencia a una casa, a una memoria. Culpa
atravesada con el alfiler del entomólogo: vivir –o no– del poema
–otros lo hacen del trabajo, un vitral –conserva a los iconos en luz–
una fantasía sobre lo real sin caballo ni niño, sólo un calígrafo,
foráneo espejo de la urbe, el sol al girar, un ojo de camaleón,
la noria, la velocidad de la rueda de la fortuna, el tambor de un revólver,
un tambor de juguete, un pincel, el impulso de tomar un pincel,
el ideograma de las antenas, líneas de moho: digan ahí está
lo que no está en ningún lado: chorros de tinta saliendo de los edificios.

Rogaría por el espacio que me robas. Doble ojo de chico, flor carnívora de la hora
que te tragas todo, hasta tu misma nada: di que es cierto el papel celofán:
sí lo es la noche: crujido de papel de caramelo oscuro –en la boca de tu par–
lo más negro de su lengua ese trozo de ti– lo más sacro, una avispa
sorprendida en el zigzaguo, dos elementales forma de ojo: el de vidrio, el de carne.
No hay cigüeñas anidando en chimeneas: hombres respirando: polluelos rotos, les dicen,
congelados por la piedad: un papel traslúcido que deja a la luz pasar teñida
por lo que se quiere ver: la pequeña vendedora de fósforos congelada
por la palabra inmigración: pureza que es llama sin llamar a ninguno,
este espacio transcrito para ti, esta brea trasformada en hombre. Rogaría por el espacio
que me quitas –el espejo– transitando una ciudad. Este daño para ti. Para ti el antídoto,
tus palmas –heridas– tu corazón, tu oruga parasitaria del mal. Fingir que se duerme
apretando los labios contra el vidrio. El deseo –de reconocerse muerto–
en cada utopía, tierra blanca que el chico se echa el la mejilla para imitar la estatua:
flor sombría de la hora, el crujido del poema es el espacio de ti. El antídoto, una mariposa
atrapada en su significado: una mujer que se come la ballena urbana. Una lupa rota
por el insecto que solía, otra hora, atormentar. El insecto emponzoñando
el sonido de la lengua, una palabra cielo con otra palabra cieno.
Una palabra labia con otra palabra rabia.

El horror conmina, su lengua de mariposa: revoloteo. Fuga de quien pulsa el ojito: Calavera ¿te duele? Y dirá. Ay, Muerto; conquista tu natura. Pon la boca así cuando digas: costilla cuya hermosura es chuparla. Manises representa lo ardido; el súcubo de la vía, arlequín, burla, chirigota donde no hay chirigota. Ni goteo. Ósculo: el desgraciado sobre lo ardido: larga calle, largo plano, mausoleos así –vivienda, piso, serrucho y golpe del clavo –Ay, sentiste milímetro a milímetro su hierro. Sentiste rasgándole el bícep: crujir un tendón ¡Rask! Aquella fisura parecida a sonreír: la azucena de la muerte abonada en la boca. Crece en el hueco –demasiado abierto– el abrazo.

El horror pregunta, qué obituario: abecé, etcétera: se puede ignorar el chasquido, la lengua imitando gallinas –tartamudeo– se desmembra lo que se llama hablar: traba su verbo con una feca en llamas.

Quiere decir ira pero le sale consomé; le salen virutas de quien raspa una silla; el espesor de saliva cuando rabea es así: decir Oink de cerdo –me llamo Oink de cerdo– tú palpas tu cuero –pulido– de corzo. El horror parte en erres los jirones del templo.

Rabia, crispas –los dedos– trenzarlos, carbón en su punta: vamos, comiencen a escribir. Manises. Puerto Varas. Fe o bofe de buey –no preguntó el miedo– asintió al cuchillo ¡Qué se yo

si lo partido fue el aire! Bofe. Hígado. Menester ver entrañas antes de ver la luna. Asadura, desguace, cámara de autopsia.

El horror nos informa: mira tu padre: su pata de palo, su ojo de vidrio impermeable a la luz. Su mano metálica, cascanueces de qué.

Un petardo estalló –silencio, dinos: ¿Qué fue de ti, allí derrotado, escindido como un higo? Boca de nadie te come y dice:

Papá, Mamá: lo que llamamos Tú, transparente como Tú.

Una aguja de guerra te coserá los labios. Aviones a chorro trazarán geometrías difíciles de entender. En la mesa el arroz, expresión grotesca de lo inacabado. Los sobrinos en papel del blanco ¿qué es desaparecer? Los muertos de miedo recomiendan asir. El horror girando y girando en un carrusel, se agota, se marea y es marea; clava la mariposa en el ojo del caballo.

Prometo devorar: devore: valore: vectore al unísono: aceite sucio de la sombra:
prometido: ahora, prométeme mutar, ser hueso doblado: un dolor como éste
es preciso: mentir, pero desde el cielo, sembrar –hijo solo del aire– digo: revolucionario
de bautizo invisible, el mojado con lástima. Ya, lo prometo: sigo encumbrado:
este doler es ciudad: este enterrar es ciudad. Recordamos el verbo: decimos dimecaína,
cocaína, amonal: no lo recordamos. Te pregunto desde la belleza ¿hay muerte a este lado?:
ves al ciudadano –es hoy consumidor: y éramos –qué no éramos– nosotros: niños:
cómete, niño, ese globo de azúcar –el sol, ninguno lo ve recto a los ojos: estómago plástico
donde a veces flotamos: se nos pega y digiere– recordamos el punto: ciudad de Manises,
año 2004: acaban de asesinar a los niños rusos. Esa azúcar te comes, de esa azúcar mueres.
Decimos símbolo. Prometemos no. Juramos no. La rabia es así. Las algas se tiñen:
petróleo en los ojos. También somos teñidos: la historia. La historia: los niños muertos
de hambre soy yo. No hay pestes infecciosas sino pestes políticas. El miedo es la ciencia
que estudian gramáticos: la usura, la pólvora. Lo que te comes para siempre.

*

El pavor es un perro, y si te muerde la nalga, ahí estaré yo. Ahí estaré yo
con la rosa, la verdad, la muerte de justo, sanguijuela de hielo, tu voz –¿ya nace?–
cuando lloras, y esputas. Todo eso, todo eso. Ya apagadas las luces, acecho de uno
dispuesto a asustar, no te salga orín, ese ángel rubio liberado del espejo. No. No
le hagas caso –la muerte: lo relegado por ella– sonido de pies pisando caracoles,
ese dolor: pájaros desnudos, no –no hay pluma sin tinta– no te incumbe. Si
va a venir, si va a el pavor a arrastrar su jeta, zapatillas de abuelo, talco en la piel,
voz colgando, conciencia, muralla –mira el minuto trepándola– ve el sonido
de un cutis desconchado, un gotero que es mucho, ponle lumbre, ponle dientes
a tu boca vacía: esfuerzo de tragar: mella el grito la risa. No enmudezcas. No
eches sal en las flores –alguno te esparcirá otra sal encima. Te echará pestes,
jaivas de óxido naturales del caño. Porque este crujir se define ajar, es tu forma
de hablar con las cejas. Este escribir es la alarma tuya. Despierta a los pastos
–en tu psique fijos– al ladrillo con ladrido despierta y alumbra. Esta muerte no,
pavor, lazarillo, lacerado mastín: no es yema de ciego. Es la llama que muerde.

IV

Tú no eres verdad

*Quiénes son estas personas, alimento de quién, ojos en trance,
carne acostumbrada a vestiduras negras.
Suya es la falsedad, ropajes y caballos
se desfondan en la encarnación del jardín,
roen los dedos de la noche y le hablan, le hablan
toda la noche, luz donde acuñar monedas.*

Javier Bello

Tienes que escribir con la mano seca: la arena se entornece y llora –seca–
tu mano crujiendo. Vacía es seca –suele el vacío mutar en sí mismo: le salen dos
labios –velos, alas de polilla chamuscada en la lámpara– se estiran para chupar
la humedad –oh, Aire: la humedad pregunta ¿cuánto vale la sed? El dolor de cabeza
es dolor de nudillos. Huesos transparentes: mutación en vaso, cuasar negro que chupa
lo que se acerca al borde: no salen palabras porque se las come el negro,
no sale el dolor porque se lo come el negro. La arena se entornece. Lloro al ver
la definición de desierto: llora y se vuelve a llenar de tinta. Sangre, dice
la analogía de los solos: detén las analogías, escribir es mear. Tienes que sacar
la humedad del esqueleto –de las hojas, su fermento– un respiro. Caminábamos
por la acera y pillaste ¿qué? Una columna ¿qué? Un pilar: termitas: bocas
de bichos comiendo –el pan era verde: antes hubo una hoja. Tu mano la mira
y dice: hoja –no logra parecersele. Y ves que te chupan. Una mano te arrastra
al hueco de sí: tu negro de manos no puede contra el hueco. Y ves que te chupan.
Con lo invisible escribes: di-fu-mi-na-do. Las letras son blancas. Tienes que escribir
con la mano seca: ves tu país y te dice: seca. Son claros los dientes; el vacío es negro.
Raspo el vacío con mi colmillo de drácula. De la herida un gusano se asoma: luz,
pronuncia: luz. Y volteas los ojos –no miras con negro sino miras con blanco.
El color de la sal adentro del salero, pero en sopa de letras –te comen los ojos–
echa sal en la nieve y desaparecerá. Blanco contra blanco, pero se trata de agua.
Mi mano seca mutila una mano mojada. Con una estrella negra en su centro,
cuando termines de escribir dime qué ves. Dice: ¿qué no hay? Unos labios de lija
se acercan al vaso: beben el negro pero se llenan de arena. Eso fue lo que vi,
le dije a la mano. La ciudad era un puño y parecía una letra intentando abrirse.

Vemos el calor –fermenta levadura– los ojos, setas

irreconocibles: yo –me desperté: yo: no tenía ojos:
tenía un par de setas ¿qué le voy a hacer?

Tenía un espárrago ¿qué? una mantis, una araña del trigo:
te comeré, insecto; la palabra nutricia: haré de ti un grumo,
calicanto haré: yo sellaré mi casa. Vemos el calor,
ay, desidia de los que no verán más: no veo: no hay ver:
arrojamos a la cabeza trozos de ladrillo, cosas ásperas,
residuos industriales –no pensarás en algodón–
algo blando para el tacto, cosas que hieren, toscas, oxidadas:

el atardecer simula ser algo oxidado: ese mal nos concierne:
yo hago malabares: sirven poemas, cáscaras de nuez:
tú miras, te ríes. La distancia es eso: la libertad es no:
mosquitos y gaviotas son lo otro –que somos– otro de lo otro:
ganas de tener una gota de saliva, mojar el nombre a lo roto,
–¿también vas roto?– aspirar hasta hincharse
con la sal, la memoria: el futuro es un cesto de mimbre con limones.

Ya no me importa a qué huelga la ciudad: tú la viste tan muerta,
y tan muerta es cualquiera. Fuimos por la avenida,

ayudamos a los moribundos: éramos los moribundos.

Los pronombres gramaticales dejaron de existir:
¿cómo –en un caldo– germinal y espeso?: niño, contesta:
no fuimos negados completamente: ve: el girasol: ve:
el desafío: ve la araña del trigo bordar el amanecer
sobre los chicos epilépticos: toda esta maldad
es parte de mi bondad: si acelero lo descompuesto
es porque ansío una palabra, la roja burbuja
que salga de tu esternón: una polilla nocturna,
imitación del búho, caleidoscopio, contraluz:
el espectro ¿lo ves? La quemadura que es ojo.

La peste de nombrar: erigir el mañío donde se empala a un clérigo:
 la peste de poner Nombre: Casa: el falo delicioso con forma de pez,
 poliedro, crustáceo, animal oscuro enterrado bajo tierra. Qué peste, ésta:
 nunca saber ¿qué punto pisas? Yo piso grava. Yo piso leche
 derramada de establo. Yo piso el panal en la boca de Píndaro.

Tú podrás ser el tallo que quieras, el brazo que quieras, la rosa boreal,
 la planta sola que flota en la espuma, escarcha de la hora,
 visión del perro dejando su huella y diciendo: perro, la peste de ladrar,
 la peste de mear –poste, ciudadano– oh, la peste. Lenguaje inflado de la peste:
 siempre la P: releer la bitácora: el día –la crucifixión– la marca un ciempiés.

El día –el crimen–lo marca un escarabajo ¿hay vida en el ámbar?
 El día, la coronación –ah– punto invisible: Chile presume:

soy punto visible. Hola, yo me llamo Chile. Soy niña encaramada
 en la punta de una ola. Soy chico sentado al borde de éxtasis.

Tengo esta cara y ya no la ves. Yo tengo una herida: hola, soy Peste,
 y me dicen Herida. Yo tengo una herida, la otra bala de Chile.

Hola soy Chile, mi balido es éste ¿no se llama yo? Hola soy Yo:
 yo tengo un dolor, la memoria, la noria. Defíneme, usted,
 cuántos muertos bastaron, fina y larga alcancía, bracitos de cobre,
 boca abierta: ah. Yo digo: ah: soy niña mirando, el volantín se pierde.

Yo digo: ah: mi boca recibe: hola, moneda, me llamo Batracio:
 mi boca es todo –el circo es pobre. La peste del pobre
 ¿no te hace llorar? Yo le dije a un Pobre. Hola, Batracio,
 yo leo –yo– lamo textos –no huyen ¿no es milagro el cieno?

Leí a Marx, y lloré. Con Trotsky lloré. Leí a Althusser –lloré
 y caía nieve. La nieve es leer. Me leí a mí mismo y sigo pobre.

Al no saber letras, me puse a silbar. Hola, soy Letra:
 lloro sangre, el mendigo ¿qué letra es? Mi sangre es tinta.

Ve peste de tinta, el trazado cartógrafo. La peste de ser
 el único punto. No lo halla ni entiende el mismo cartógrafo.

Trácame el mapa que no se ve –le dijo la niña: el profesional soñaba.

El mapa existe en un país sin moneda, niña mía, tú
 que luces la moneda en tu boca larga, un país con medusas:
 la escritura entendida con la sola fotosíntesis, un gran útero, niña,
 donde Chile espejea lo que Pedro no. Hola soy Pedro,
 yo escribo esta peste –así asalto la miel: oh, la peste de Píndaro.

Todo trémulo: miedo: la uña me comí, desprendida de la sombra. Pájaros: miedo de hermanos muertos en la lengua: la imaginación al borde, allí el acantilado: y el miedo coló, coló –lo bueno de mí, de ti– los perros enterrados bajo el piso –el amo llamado a sus perros: sombras mías ¿están? Ah, los farmacéuticos, lo que ellos mutan: respiración por sestercios, medallas de celofán: cuentas de rosario, dientes de potros agotados en la molienda. Mira ese trigo, al interior la Virgen: Virgen, ve y dame otra flor, la vorágine, lo que se llama várice, y dentro de ella, desnacido, todo tú con tu pulmón, sus insectos, su desconocida luminiscencia, novias sobre la playa confundidas con espuma –su velo es halo– pero están muertas, moradas. Ve la medusa flotando, fosforescente, entre la mancha de petróleo: se oculta de quienes miran, onanista de sal, algas enredadas en la palma de su mano. Tirité de miedo: el frío es pregunta retórica. Doce veces pregunté; por eso las islas volvieron a juntarse, la melodía de la tierra al moverse y fundirse. Pero no, no era eso lo que me dolía; era el pliegue del cerebro chamuscado, llamando; había antes un metal, había un eco llamado niño y llamado eco. Pedro redondo confundido con Pléyades, baja a la tierra, muchacho parido bajo una gota de sangre, que este vuelo no es tuyo, no pertenece a aquéllos que digieren tu voz, no pasta, no empaste de ortiga machacada con lluvia, sabores necesarios: dormir con la lengua ampollada por la alergia, y ver la historia.

Historia ¿estás? Tú qué sabes de mí: calló el muro, calló el ojo de un niño disparado, calló de callar la mirada y el escupo, el puño levantado de la hija: el obrero era yo; y tú te comías riéndote la boca del obrero, clepsidra sin causa, vidrio de espejo, vidrio de piel de chicos destrozados con el polvillo del ángel. El miedo que rompe y raspa es un sonido que produce otro golpe, el fin, el falso grito del punto: qué haremos sin él.

Formas deliciosas –prohibidas– de huir, forma de un ángel,
la de morir incólume, amar la rama: todo –el signo– el hambre,
ah, mariposa, todo el peso –en la rama– te escindía el pincho,
era la aguja, niño solo traspasado. No. Niño solo. Era el hambre
en que tu soledad es sol. Y también edad. La forma en que ella,
la muerte, es materia y la vida es forma . Mi arte doloso, no: no
arcada, no, sublimidad de otra arcada: dormido dentro del pez
–en la sopa nadaste– fue la hora del despido, muñeco de trapo,
saco relleno: ángel hecho de pulpa de higo. Forma deliciosa
con que vas fragmentado: el infinito del espejo; te comes un pez;
pez, yo te como, yo soy comido –¿ese hombre es yo?–: él, comido,
una jeta: un pez, no era un pez, era el dolor –lo tengo–: tómalo.

A qué quejarse ahora, ciudad nata-montada, ciudad mentida,
ciudad de betún de zapatos café, caballo percherón –siempre tira,
siempre tira. No delante ¿Hay atrás?– no sabe qué empuja:
yo soy tirado. Eres así, lápiz de carbón, sucedáneo de escarcha:
es el miedo –te asoma, la abertura del oído–: dice: buenos días,
yo soy el miedo, yo estoy encantado de conocerle. Las mañanas
sobran. Sedimentan sombra –las mañanas, no. Saludo: forma
del saludo, el dolor: saber qué viento: oye –saber EL viento– ¿no
eras tú, no eras tú quien me alborotaba el abrigo, un día otoñal ?
Perdona: ibas más desnudo que yo. Te levanté la solapa, no la tapa
del seso ¿Sí? ¿Arrojado al contáiner? Ah, el crío. Es otro lugar:

el Sur –el usurero, su espina de pez– ¿qué escarba en su muela?
Ojo de niño –mutilado, vendido– plusvalía del muerto ¿eres tú
esa casa quemada, recaudador del impuesto, el negocio de ver?
Ritmo del saludo, buenos días, adiós, sí, te extrañamos. Esto no.
Huyen las formas, la materia se duele: haz delicioso, ¿tú no ves
lo prohibido del aire? Si a la belleza no ¿a quién inculparemos?
A la belleza compete –prédica, práctica– ¿qué?: el giro, sí el giro,
el trompo girado, la mano del niño, la línea en la tierra: tú no
pasarás de aquí, chiquillo sin madre ¿no es desperdicio?: tú no
comerás de mi pan, hijo de hija, crismón de chatarra. Yo sin ti
soy mejor verdugo: pido el término –nunca el principio. Tú no

comerás lo mío: la boca ha perdido: ya no significa. Forma hueca
con que tú te desnudas. Dame sal y lameré. La mierda lameré
como un perro su herida. El perro celeste que ladra en el cielo
sabrás cuanto óxido intercepta mi lengua. Qué me das, usurero,
donde tu balaza sólo: estrellas, metrallas. Dilo, ojo de niño,
¿qué dirás a tu espejo? buenos días, bienvenido, yo soy el miedo,
¿no eras como yo, diferido, fisura? No puede ella, la forma no
se hinchará de esto. La forma no existe ¿Pero cómo decirlo?
La belleza no es viable, mucho menos el arma. Yo soy el miedo.
Tú no eres algo. Tú no bajo el signo. Modúlenlo, ustedes. Ya no
me mientan ahora: no tienen parte. Pon el pez, pone el ángel
de pie en su dictadura: a la hora del despido: pronuncia: NOS.

No pensaste tú cuando besaste la mano, aquel girasol que esa mano te daba,
sabor de aceite, riquísima, amarilla de enfermedad ¿qué te decía esa mano lavada?
–apertura de la urbe el candado de tu herida– uno espiando por la luz,
niño solo entre dos panes, el que será devorado, uno estrellándose contra la palabra cielo
–nunca se estrella en la palabra libertad. Ahora me como esta píldora de luz.
Me como esta píldora, el rostro borrado de mi madre verdadera. Me como esta rabia,
este roer, este nacer, este crecer con la ciencia de mi pecho labrado, este pecho arrebuja-
do con el cincel –la mirada– con el punzón oxidado de la bendición, la maldición.
¿Tocarán a un chico que ladra a las nubes? ¿No son dañinas? ¿Quién querrá oír
a un chico desnudo que va a expirar? Trazará el viento con un lápiz de mina,
se limará las uñas con un poema sin filo ¿En qué pesabas tú, pedacito de niño,
cuando probaste el mar? ¿En qué cuando el tiempo –ilusión de ti– hundía su relojito
de arena en tu ingle? Porque estás sanado con escribir ¿y qué? Estás roído
como la palabra polilla –y tu dolor –tu valor –tu honor, se calan –una foto de tu ciudad,
una foto de ti mismo, una foto en sepia de un perro rabioso, otra foto velada
como una mancha blanca. Toda esta herida la quisiste tú y me toca a mí.
Este silencio roe –y se raya la cara– y de partida, me toca. Escapa, lárgate
con tu muerte colgando detrás de la mochila. Puedes reírte, cazar una mariposa
y comerla allí mismo –tu pastilla, tu bondad, lo que no pensaste y pesa:
un licor extraño como la orina de un loco, un ángel viejo –unta su yema
en el polvo del mueble. Ya cállate, chico, que me haces tartamudear. Me haces ir
más despacio que de costumbre. Cállate –lávame el pecho ahora– que el hijo es tuyo.

*

Ahí están los chicos, pan de barro en la derrota: chiquillos, chasquidos
de unos dedos en transe: mira este medallón con un ojo de pez, dime qué ves, dime qué
no ves en el mareo, en la muerte, marea de voces que seducen, sacian, absuelven
un pecado mío o tuyo, cualquier pasado mío o tuyo, cualquier palabra. Están
los chicos que me cogieron del paladar diciendo: Ya estás pescado: mearon con la boca
abierta –caían, sedosos, los orines de las nubes tomentosas. Ya no te creo nada
de lo que dices. Quítate, ponte derecho cuando salgas de la libertad. Te rasgaste llorando
la placenta de la cara. A la muerte rasgaste su mejor abrigo: o esto o lo otro,
susurró la mendiga. Esto era palpar –piel de vidrio molido– una gragea de sanación,
una herida supurando que se llama poema ¿O se llamaba País? Lo otro era lamer,
como invisible, los nudos de una bondad esquiva, releerla a la luz de unos chicos finos
–son hilo dental. Dientes de chicos dormidos sobre la arena: no querer ver más
que arena y su peso, el sol indócil, una aguja en la mirada. Digan qué manos
les pasaron veneno –un pinchazo – y se fueron– semen nacido de la espuma del mar.
Ay, mar, mercenario, que te robas el símbolo que te han ofrecido:
olvida a los perdedores –en el madero tajearon cada uno de los días. Yo tuve un miedo.
Me hizo tajear el madero con el molar. Me obligó a mí mismo a quitarme un diente,
rajar la superficie, el ruido de una uña deslizándose por la pizarra. Tú miedo era tal
que los chicos crujían –lo marchito son ellos–, esos tréboles rojos
replegándose de noche. O esto o lo otro, te previno la muerte. Ahí estaba tu duda,
palpar la rosa podrida, aquella bendición que produce náuseas, ganas de hallar
hijos abandonados y partírles la columna con una sola esdrújula, urbes sin garganta,
ciudades desprovistas de bulbo raquídeo ¿Es amnesia la arena del reloj?
Ahí estás tú, pan quieto de la hora: si te comen las palomas volarás sobre las plazas.

INDICE

(Total: 688 líneas o versos)

Capítulo I : La rajadura.....	2
Es la Hora.....	3
El sol es zapato.....	5
Qué es la rajadura.....	6
Arder.....	7
Capítulo II: Orden de ciego.....	8
Ahora vas a hablar.....	9
Toda esta rabia.....	10
Tómale el pulso.....	11
Se palpa ardiendo.....	12

Capítulo III: La palabra rabia.....	13
Vas a desaparecer.....	14
Necesitados poemas.....	15
La inexistencia del reo.....	16
Los insectos palo.....	17
Rogaría por el espacio que me robas.....	18
El horror conmina.....	19
Prometo devorar.....	20
Capítulo IV: Tú no eres verdad.....	21
Tienes que escribir con la mano seca.....	22
Vemos el calor.....	23
La peste de nombrar.....	24
Todo trémulo.....	25
Formas deliciosas.....	26
No pensaste tú.....	27